

LOS PAVOS REALES

Cuando vuelvo cantando de los trigales,
ya al morir entre púrpuras el sol caído,
en medio del paisaje hieren mi oído
con su grito estridente los pavos reales.

Me escondo tras las ramas de los frutales,
y al ave egregia acecho sin hacer ruido,
y miro los colores de su vestido
y su moño de breves flechas triunfales.

Repitiendo su canto que el aire aleja,
hace el amor en torno de su pareja
y alza la cola augusta de hebras lustrosas.

Y á los ojos abriendo sus galas sumas,
deja brillar cien rosas sobre cien plumas,
y cien iris prendidos á las cien rosas.

EL COHETE

Lanzóse audaz á la extensión sombría
y era al hender el céfiro sonante,
un surtidor de fuego palpitante
que en las ondas del aire se envolvía.

Viva su luz como la luz del día,
resplandeció en los cielos fulgurante
cuando la luna en el azul radiante
como rosa de nieve se entreabría.

Perdióse luego su esplendor rojizo;
siguió fugaz cual raudo meteoro
y al fin surgió como candente rizo.

Paró de pronto su silbar sonoro;
y tronando potente, se deshizo
en un raudal de lágrimas de oro.

DESNUDO

Son tus labios unión de dos panales,
y de tu faz las encendidas rosas
reclamos son de libres mariposas
que á ellas van como van á los rosales.

Son tus dientes fresquíssimos é iguales,
modelos de granadas lujuriosas,
y el caer de tus risas luminosas
es un caer de luces tropicales.

Las ánforas magníficas del seno
fingen un incensario de ascuas lleno
donde reprime la pasión sus llamas.

Y al tocar de tu cuerpo los primores,
su carne tiembla, como almendro en flores
al parársele un pájaro en las ramas.

A UNA MUJER

Mirarte sólo en mi ansiedad espero,
sólo á mirarte en mi ansiedad aspiro,
y más me muero cuanto más te miro,
y más te miro cuanto más me muero.

El tiempo pasa por demás ligero,
lloro su raudó, turbulento giro,
y más te quiero cuanto más suspiro,
y más suspiro cuanto más te quiero.

Deja á tu cuello encadenar mi brazo,
y al blando son con que nos brinda el remo
la mar surquemos en estrecho lazo.

Ni temo al viento ni á las ondas temo,
que más me quemo cuanto más te abrazo,
y más te abrazo cuanto más me quemo.

LA ABEJA

Chupando de los paseros
donde las uvas se tuestan,
igual que una nota alada
pasa zumbando la abeja.
De vagar por los romeros
donde bebió en hojas frescas,
viene borracha de luces,
viene de mieles repleta.
Cual si fuese en un collar
de una perla en otra perla,
probando las moscateles
sobre sus ámbares vuela.
Vuela á la vez que cantando
va una canción que recuerda
el sonido de una flauta
hecha de caña ligera.
Es rauda *corre-ve-y-dile*
al par que cantera egregia,
la intermediaria sonora
que con los cálices juega.

Lleva encargos de caricias
 á los pétalos que sueñan
 y cobra en almíbar puro
 que traslada á su colmena.
 Es un telégrafo vivo
 por donde no van ideas,
 sino rosario de besos
 que en mil corolas se deja.
 Y el obsequio las corolas
 pagan abriéndose tiernas
 para que su azúcar virgen
 tome insaciable la abeja.
 De las razas vegetales
 es cruzadora perpetua,
 miembro lírico y errante
 que canta á la vez que engendra.
 Con los pistilos á bromas,
 con los estambres á vueltas,
 como una red de caricias
 los trenza y los desentrenza.
 Sus alas son un muestrario
 de cien semillas diversas,
 de cien puntos seminales
 que ella reparte ligera;
 y cuando pasa vibrando,
 nadie que la mira piensa
 que lleva sobre las alas
 cien mil flores venideras.
 Libre cambista incansable,
 entiende su compra y venta,
 y no hay límite en su mapa
 ni hay en sus alas fronteras.
 Y el hombre, con ser de Dios
 hecho á la imagen perfecta,
 no hace una flora del mundo
 ni un solo amor de la tierra.

LA LIBELULA

Escribiendo con las alas
 en la página del viento
 la esbelta caligrafía
 de sus círculos ligeros,
 la libélula elegante
 va deslizándose su cuerpo
 igual que un largo cilindro,
 gentil, ingravido y bello.
 Por gala y adorno lleva,
 siendo tan poco su peso,
 cuatro magníficas alas
 cual cuatro lujosos remos,
 y aunque cansado se pose
 alguna vez el insecto,
 porque cerrarlos no puede,
 los tiene á la luz abiertos.
 En seis patas, tres por banda,
 apoya su esquife regio,
 que aunque parece tan frágil,
 no es tan sencillo romperlo.
 Este bajel diminuto,
 gloria del sol y del céfiro,

tiene tan rara cabeza
 que da de mirarla miedo.
 Lleva unos cóncavos lentes
 sobre la frente sujetos,
 cual si, por ver sin cristales,
 los apartara de intento,
 y por bajo de esos vitrios
 brilla la faz de un espectro
 con sus cuencas descarnadas,
 con sus pómulos horrendos,
 y los dientes carcomidos
 como los de un esqueleto.
 Ingerto de mariposa,
 lleva mil tonos diversos
 como espirales de cintas
 que policroman su cuerpo,
 y en esas sierpes de luces
 corren liándose á un tiempo,
 al lado del oro vivo,
 azul, rosa, añil ó negro.
 Finge boquilla de ámbar
 colgada de cuatro vuelos
 y liada en serpentinas
 de cien colores soberbios,
 y es un pirata del aire
 con instintos carniceros,
 que extiende sus cacerías
 los rayos de sol adentro.
 Mil insectos diminutos
 va como un néctar selecto
 en su volar incesante
 la libélula bebiendo.
 Un polvo de pedrería
 parece ser su alimento,
 moléculas de colores
 que el sol reviste de fuego.

Fortuna tan leve y divina
 que parece hecha de un sueño,
 de un sutil rayo de luna,
 de una risa ó de un desseo,
 es en las luces girando,
 por un contraste siniestro,
 la misma muerte con alas
 bailando al girar del viento.
 ¡Y de un gusano deslía
 la libélula su cuerpo;
 ella es el gusano mismo
 largo, sin ruido y aéreo!
 Para dar brillo á su forma,
 disimulando lo infecto,
 la empavesó Dios de alas
 cual de un velamen espléndido.
 Del gusano de su vida
 la libélula es remero,
 visión con cuatro alas grises
 que lleva su propio entierro.
 Si no vuela, se corrompe;
 por eso su afán inquieto
 de ir trazando por el aire
 laberintos y arabescos;
 por eso ni un punto cesa
 y gira en constante juego
 desvolando arrepentida
 lo que antes voló primero,
 y otra vez haciendo líneas,
 curvas, planos y diseños,
 para al fin desbaratarlos
 y formar otros de nuevo.
 La Vida toda se agita
 en un trepidar perpetuo,
 y no es más que una gigante
 libélula el Universo.

Ved, cómo á lija carrera
viven los astros sujetos;
ved cómo actúan los átomos
en un hervir sempiterno;
ved cómo arrastran los ríos
su azul y elástico cuerpo;
y cuál tira cuanto vive
de su trístísimo entierro,
desde el águila que orea
su materia entre mil cielos,
al pez, que un desinfectante
arrastra en su movimiento.

LA CIGARRA

En Torre de Moya.

(A M. y á G.)

Prisionero en esta torre
á orilla del mar que canta
y sobre un manto de viñas
que empavona al sol de llamas,
traer hasta aquí quisiera
vuestras dos gemelas almas,
para partir con vosotros
la gloria de la palabra.
Sólo en este gran castillo,
con todo el mar á mis plantas,
con todo el cielo á mi frente,
y Dios todo en mis entrañas,
en observar me entretengo
bajo copa iluminada
donde la tengo cautiva
como un pájaro en su jaula,
la parecida á una abeja
filarmónica cigarra
que, erre erre, en la copa
siempre está canta que canta.

A su prisión, cristalina
viene el sol á visitarla
y ella recibe cantando
el rayo que la embriaga.
Fingen sus ojos oscuros
sin hileras de pestañas,
cabecitas de alfileres
que fuesen hechos de ágata.
De la cintura hacia abajo,
de la abeja es remembranza,
y de cintura hacia arriba
es una abeja más ancha;
y los élitros sonoros
se cruzan con fina gracia
sobre la fuerte cintura
donde lleva su guitarra.
Cual alambres argentinos
tiene seis frágiles patas
que debajo de su cuerpo
tiene puestas en dos bandas.
Y sobre esa recia forma
de una abeja algo agrandada,
tiende, más tenue que el aire,
las dos magnificas alas.
Tales son de transparentes,
que si os ponéis á mirarlas
sin fijar bien las retinas,
no véis en su cuerpo nada;
pero si seguís mirando
veréis, al cabo, una gasa
tan impalpable y tan fina
como una leve esperanza.
Parecen cuatro los vuelos,
pero sólo son dos alas,
que tienen hacia las puntas
dos mínimas «ensenadas»;

y en medio del tul de aire
con que tejidas se hallan,
unos negros nerviecillos
al realce se destacan.
Esta es, exacta en su forma,
la musa divinizada
que entre mis versos de fuego
lanzando sus notas vaga.
Una en cada verso vive,
como en sarmiento de parra,
repitiendo las canciones
que Virgilio le enseñara;
y si de los versos de oro
cogéis una ardiente sarta,
gotas de sol chorreando
como explosiones de ascuas,
si los agitáis al viento
como un collar de palabras,
con las cigarras los versos
igual que un teclado cantan.

TROMPETAS DE ÓRGANO

MATER PURISIMA

Parado ante el borde
de tu lecho inerte,
del rúgubre lecho donde estás tendida
quizás para siempre,
hundo las miradas
en tus ojos vidriados y débiles,
para ver cuánta vida le queda
de tu pecho á la lámpara tenue:
y al oír que gritas
cual grita en el vaso la luz que se muere,
la misericordia sacude mi alma
lo mismo que al árbol sacude un torrente.
Para echarla al lago
donde tú pereces,
al lago en que todo se extingue y se apaga
tras las aguas, sin luz, de la muerte,
de mis pobres nervios que tanto han sufrido
una cuerda hiciese,
á ver si cogiéndola tus manos crispadas,

pudieran las mías, tirando, atraerte.
 ¡Mirar que te ahogas,
 mirar que feneces
 en los oleajes de sombras y olvidos,
 y ser yo impotente
 para entrar partiendo las ondas á brazo
 y á la vida de nuevo volverte!
 ¡Alma de mi alma!
 ¡Lauro de mis sienes!
 ¡Ala de mis hombros caída en el suelo,
 sin la cual no puedo volar como siempre!
 ¡Cógete á mis brazos
 igual que otras veces,
 enrosca tu cuerpo temblando en el mío,
 húndete en mí mismo, cual luz en la fuente,
 y haré de mis manos argollas de bronce
 para sujetarte, para retenerte!
 Cada vez que dices
 con eco doliente:
 «Si Dios se acordara del alma que sufre
 y mi cuerpo á la tierra volviese!»
 Cada vez que escucho
 esas resignadas palabras, parece
 que salta, estallando, del cielo la bóveda,
 y que el sol apaga su antorcha perenne.
 Me imagino, madre,
 una luna apagada tu frente;
 me imagino tus ojos queridos
 dos sagrarios sin luz; me estremece
 ver tu boca cual nido sin vida
 y tus dedos cual zarzas crueles.
 Tu pecho es la piedra que ya no desborda
 la vida en raudales sonoros y alegres;
 tu cuerpo es un tronco; tus pies dos andrajos
 de carne sin fuerza; tu pelo es de nieve.
 Reina de mi alma, cuerpo ya borroso

vestido de surcos, de arrugas y pliegues:
 en mi frente calca tu frente abatida,
 en mis ojos tus ojos dolientes,
 en mis labios tus labios marchitos,
 en mi pecho tu pecho inocente,
 enlaza á mis dedos tus dedos nudosos,
 junta á tus arterias las mías que hierven,
 y absorbe en un trago, gigante, terrible,
 en que ansiosa bebas del pie hasta la frente,
 el horno estallante de fuerza y de vida
 en que todo mi cuerpo se enciende.
 ¡Oh, Dios! Tú que truecas las sombras en luces,
 haz que en este abrazo de vida y de muerte
 pase hasta sus ojos la luz de mis ojos,
 pase hasta su mente la luz de mi mente,
 pase hasta su pecho del mío la llama
 y lo anime, lo encienda y lo bese;
 y hasta el último hilacho de carne
 que de mi esqueleto fatídico cuelgue,
 pase á hacerse rosas al suyo adorado
 y de luz y esplendores lo llene.

¿Recuerdas, ¡oh madre!,
 los días de penas
 en que errantes y solos, yo enfermo,
 mis hermanos sin pan y tú ciega,
 dormíamos juntos,
 como en el rebaño las dulces ovejas,
 sobre paño inservible, tendido
 en las inhumanas y rígidas piedras?
 En tí recostadas,
 juntas las cabezas,
 porque ser querías la tierna almohada
 que sostén nos diera,

recuerdo que en torno
 exhalaba tu cuerpo una esencia
 que nos calentaba con vaho más tibio
 que el de lanas, y estambres, y sedas;
 y es que tu amor puro
 inflamaba la pobre vivienda,
 ¡tu cariño de madre, que vence
 al abrigo mayor de la tierra!
 Para que volase
 de mí la tristeza,
 yo hice una guitarra
 con cañas y cerdas,
 y tocándola quedo, tejía
 coplas andaluzas con notas y penas.
 Un día saliste
 callada y discreta
 á traernos algo
 para nuestra mesa,
 y tanto tardabas
 que alarmados nos puso tu ausencia;
 pero al fin tornaste
 veloz y contenta
 trayendo en tus manos vistosa guitarra
 con trastes y lazos, clavijas y cuerdas,
 para que cantase sus penas de enfermo
 tu pobre poeta;
 jamás me dijiste con qué me compraste
 la guitarra aquella;
 pero yo he sabido, madre de mi alma,
 que de puerta en puerta,
 limosna pediste para regalarme
 la dulce vihuela:
 ¡guardo la guitarra, como si tu vida
 estuviese enredada á sus hebras!

Pronto, madre mía,
 sé que has de dejarme,
 sé que has de ir muy lejos, donde ya más nunca
 tornes del viaje;
 sé que ya tus ojos no habrán de mirarme;
 sé que ya tu cara, tus manos, tu cuerpo,
 serán sombra y aire;
 ¡tú, el único pecho que bien me ha querido!
 ¡tú, mi amor, mi sueño, mi vida, mi madre!
 ¡Qué dolor inmenso pensar en que pronto
 tragará la tierra lo que fué tan grande,
 lo que fué el delirio de mi vida entera,
 lo que dió á mis sueños espíritu y sangre!
 Con sonar profundo bajará á la tumba
 la espantosa caja que su forma guarde,
 y de aquellos ojos quedarán dos cuencas,
 de sus dos oídos dos mudas señales,
 de sus manos santas, huesos pavorosos,
 de su pecho noble fúnebre cordaje,
 de su boca pura desdentada grieta
 donde las arañas cuelguen sus telares,
 de su cabellera pálida ceniza,
 de su casta frente polvo impenetrable...

Con valor inmenso
 tienes apartado
 el sudario triste que habré de ponerte
 por tu propio encargo:
 es humilde y pobre,
 es sencillo y blanco,
 como si á unas fiestas de luces divinas
 te hubiesen llamado.
 Hablas de la muerte
 con pavor llorando,

y yo que te escucho, noto que mis huesos
 se rompen de espanto.
 Te pondré, si mueres,
 por traje sagrado,
 un vestido negro de sedas y blondas
 que despida rayos.
 Un ramo de lirios
 te pondré en las manos
 que parezcan hechos de hostias virginales
 y cisnes nevados.
 En torno á tu cuello
 colgaré el rosario
 con que duermo siempre, porque me lo diste
 un día, llorando.
 Con mis labios puros
 cerraré tu párpados,
 y un millón de luces entre tus pestañas
 dejaré temblando.
 Luego haré de besos
 un velo bordado
 que echaré á tu forma, como si mi alma
 fuese tu sudario.

Después, la locura
 llevaré en el cráneo,
 como un billar negro que vaya en mi frente
 por toda la vida pegando porrazos.

‡ 27 DE SEPTIEMBRE DE 1906

¡ Muerta, madre mía !,
 morir también quiero ;
 ¿ para qué la vida sin estar contigo ?
 ¡ Sin estar contigo, la muerte deseo !
 Al cerrar los ojos para contemplarte,
 miro que un entierro
 te lleva ondulando, te lleva ondulando,
 cual la cinta muda de un largo hormiguero,
 de un largo hormiguero que empieza en mi alma,
 se aleja, se aleja, y acaba en lo Eterno.
 Tú vas encerrada,
 compañera mía, por cuatro maderos,
 y de pie te miro, mientras en los aires,
 como un adiós blanco que nunca se acaba,
 sacudo un pañuelo.
 Camarada mío, no me olvides nunca,
 no me olvides nunca, madre de mis besos ;
 como en una cuna duermo, niño mío,
 hasta que yo pueda compartir tu sueño ;
 duermo, pobre madre, que junto á tu cuna,
 que es de tierra santa, yo te estoy meciendo,